

# XXVI Domingo T.O. – A

---

28/ IX /2014  
Oratorio de san Felipe Neri  
Alcalá de Henares

Queridos hermanos.

Comenzaré haciéndoos un par de preguntas. La primera: ¿conocéis algún padre –digno de tal nombre– que no corrija a sus hijos? La segunda: esta corrección que un padre hace a su hijo cuando obra mal, ¿de qué es signo?, ¿de amor?, ¿o de desamor?

Pues Dios nos ha hecho sus hijos y nos ama. Dice la Carta a los Hebreos: **«Dios corrige a los que ama [...] Si os privase de la corrección [...] seríais bastardos y no hijos [...]»**.

Así pues, como somos hijos e hijos amados, Dios nos corrige. Tengamos en cuenta que el mismo que nos corrige hoy con severidad, es el mismo que por amor nuestro se entrega a la cruz. Es decir, no nos corrige un déspota, sino aquel que nos ha demostrado su amor. Dispongámonos a recibir la corrección de Aquel que sabemos que nos ama.

En el *Libro de Ezequiel*, Dios responde a una acusación de su pueblo: **«Dices que mi proceder es injusto»**, que soy cruel. Dios había advertido a su pueblo que el pecado les estaba llevando a la destrucción. Ellos no habían hecho caso y la ruina acabó de llegar. Nabucodonosor marchó con su ejército, arrasó y masacró a Judá. Y se llevó deportados a los supervivientes. Entonces Judá se vuelve a Dios: «Eres injusto, eres cruel». Dios responde a esta acusación: No soy yo el que os he llevado a la ruina, sino vosotros. El mal y el bien dan al hombre su propia paga. El mal y el bien recaen siempre sobre el hombre.

Eso es lo que no les entraba a los judíos en la cabeza y lo que no nos entra en la cabeza a nosotros. En el fondo creemos que nuestros pecados son cosas sin importancia, por el simple hecho de que son comunes. Y creemos que podemos pecar sin que tenga consecuencias.

Pongamos un ejemplo que todos comprendamos. He aquí un hombre casado y con hijos, que se da a la bebida y se convierte en un alcohólico. Su pecado, ¿tiene o no tiene consecuencias? –Las tiene. Pierde su fuerza de voluntad, ya no es capaz de dominarse a sí mismo. Pierde su dignidad, él mismo se desprecia con frecuencia. Y, cómo ha perdido el control sobre su voluntad y no se controla a sí mismo, antes o después pierde el trabajo. Luego, como se desprecia a sí mismo, como no se controla y los problemas se hacen más agudos, se deja llevar por la violencia y arremete contra la esposa y contra los hijos, la convivencia se degrada y se hace insoportable. Total, que las consecuencias de su pecado recaen primero sobre él y después sobre su esposa y sobre los hijos.

En este ejemplo se ve claro cómo el pecado recae sobre nosotros y nos destruye. Y de paso daña a los que nos quieren. Por eso dice Dios: **« Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere, muere por la maldad que cometió »**. Sin embargo aquí viene un punto importante: que podemos cambiar, que podemos corregirnos, entre otras cosas porque Dios está empeñado en no vernos morir. Añade Dios: **« Y cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá »**.

Si siguiérais leyendo el Libro de Ezequiel, veríais que el capítulo termina con estas estremecedoras palabras de Dios, las palabras de un padre amante que no sabe cómo hacer que su hijo recapacite: **« Arrojad de**

**vosotros todos los delitos que habéis cometido y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Yo no quiero la muerte del que muere, oráculo del Señor Dios. Convertíos y vivid » (Ez 18,31-32)**

En todas estas palabras os habréis dado cuenta de otras cosas: que no se es justo de una vez para siempre ni se es injusto de una vez para siempre, que el justo tiene siempre la tentación de cometer el pecado, con las consecuencias correspondientes; y que el injusto tiene siempre la posibilidad de volverse a Dios, con las consecuencias correspondientes. Por eso la alerta va dirigida a todos. No se trata sólo de cómo comenzamos o del lugar que ocupamos ahora en el camino cristiano, sino hacia dónde nuestras obras nos dirigen.

Nos toca dar un paso más con el Evangelio: entender que este reclamar Dios un cambio de vida, para vivir y no morir, lo dirige no a los que están fuera de esta Iglesia, no a los que no vienen nunca ni a ésta ni a ninguna otra iglesia, sino a nosotros, a vosotros y a mí.

Tenemos una tentación: creer que estamos en el buen camino, que nuestros pecados son menores, que no necesitamos mucho cambio, que podemos seguir así hasta el final y que todo irá bien.

Justamente a nosotros se dirige Jesús. Dice a los ancianos y los príncipes de los sacerdotes: **«Vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis»**. Juan el Bautista había mostrado un camino de conversión, de abandono del pecado, y un camino que conducía así al reconocimiento de Cristo y a su seguimiento: **«He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»**. Y ellos no se habían inmutado. Jesús se lo echa en cara: muchos publicanos y prostitutas hicieron caso a Juan y cambiaron de vida y ni siquiera eso os conmovió, ni siquiera eso os hizo preguntaros si no estaba cerca aquel a quien Juan anunciaba. **«Vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no recapacitasteis ni le creísteis»**.

Muchos publicanos y prostitutas, se estremecieron ante el duro mensaje de Juan el Bautista y empezaron a cambiar de vida. Estos mismos reconocieron luego en Jesús a quién podía perdonarles y librarles del pecado y pasaron a ser los primeros en el camino que lleva a Dios.

Los que escucharon la voz de Cristo y dejaron sus pecados y sus bienes, como Mateo. Los que se arrepintieron y devolvieron lo que habían robado, como Zaqueo. Aquella prostituta que se tendió a los pies de Jesús y suplicó con lágrimas su perdón. Todos esos, que habían vivido como hijos rebeldes y desobedientes a la ley de Dios, al final se pusieron muy por delante de los príncipes de los sacerdotes: **«Estos os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios»**.

Aquí viene la corrección y la advertencia: nosotros corremos el mismo peligro que los sacerdotes y los ancianos, mientras no estemos dispuestos a tomar en serio nuestros pecados y a mejorar: nuestro poco celo por Dios y por su honor; nuestro poco amor a él, más allá de las palabras y las emociones de un momento; lo miserable de nuestro amor a Dios que se traduce, en el poco tiempo que le dedicamos en la oración.

Corremos el mismo peligro mientras que no tomemos en serio la gravedad de nuestro egoísmo, nuestro estar centrados en nuestras enfermedades y en nuestros problemas, olvidándonos de los sufrimientos de los demás; mientras que no nos tomemos en serio nuestra avaricia y lo apegados que estamos al dinero; mientras que no nos tomemos en serio nuestros pecados de omisión en la caridad; mientras que no nos tomemos en serio nuestras mentiras; mientras que no nos tomemos en serio nuestro hábito de hablar mal de los demás y de juzgar a éste o aquel; mientras que no nos tomemos en serio nuestro dejarnos llevar por pensamientos obscenos; mientras que no nos tomemos en serio nuestra vanidad, nuestro afán por sobresalir...

Mientras que no nos tomemos en serio nuestros propios pecados y no nos estremezcamos, como debían estremecerse aquellos publicanos ante las palabras de Juan el Bautista, y no reconozcamos delante de nosotros en Cristo vivo y presente, a nuestro único Salvador y no recurramos a él, las veces que hagan falta, rendidos para pedir perdón y buscar su gracia; hasta que no entremos en este camino, estamos en peligro de ser como los hijos que parece que van a obedecer y al final desobedecen.

La segunda lectura es un buen resumen del programa en el que cada día nos debemos empeñar:

**Manteneos unánimes y concordés con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por envidia ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.**

**Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.**

Atendamos la corrección de aquel que nos ama, para no ser como los hijos que, al final se quedan fuera. Los cristianos tenemos necesidad de empezar cada día de nuevo, de reconocer cada día nuestros pecados y su gravedad, de buscar a nuestro único Salvador, de unirnos a él en su propio camino y de seguir adelante. Y eso cada día, con la misma gravedad y seriedad que el primero. También con la misma alegría porque es Cristo quién nos llama y se ha puesto a nuestro lado en la persona de su Hijo, tirando de nosotros, empujándonos y, a veces, llevándonos sobre los hombros.

Pero el mensaje de hoy se resume en tres puntos: 1. No nos confiemos; 2. Debemos luchar en serio contra nuestros pecados, recurriendo a Cristo; 3. Debemos unirnos a él en su camino y avanzar siempre en su humildad y en su amor.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.